

CAPITULO LIX.

La Vega Real.



principios de Marzo, resuelto Colon á llevar á cabo su último plan, reunió, contando con todos los hombres útiles que habia en la colonia, cuatrocientos perfectamente armados y equipados, los cuales, con los indios que parecian favorables á los españoles, podian bastar al almirante para llevar á feliz término su exploracion.

Todos salieron de la colonia en órden de batalla con bandera desplegada y al son de los atabales y tambores.

La junta de gobierno que habia dejado Colon comenzó á funcionar, yendo al templo con los que se quedaban en la colonia para pedir á la Providencia que les deparase buena suerte.

El primer dia avanzaron por una extensa llanura que habia entre las montañas y el mar, y no tuvieron más remedio que atravesar un río que extendia sus múltiples y caudalosos brazos sobre fértiles, verdes y risueños prados.

Una montaña de difícil acceso les ofreció su abrigada falda para acampar la primera noche de la expedicion.

Las dificultades que ofrecia el terreno á los soldados llegaron á parecer insuperables.

No habia para subir á la montaña más que una vereda escabrosa á través de rocas y precipicios, por la que no podian pasar sino de uno en uno los soldados, y este era un verda-

dero inconveniente no solo por el tiempo que perdian en el pasaje, sino por la facilidad con que podrian destruirlos sus enemigos si en actitud hostil les esperaban al final de la montaña las huestes de Caonabo.

Era necesario abrir un camino, y Ojeda con algunos otros oficiales y capitanes de la expedicion, jóvenes hidalgos que en las guerras moriscas se habian acostumbrado á desempeñar las funciones de zapadores é ingenieros, se ofrecieron á abrir en breve tiempo el camino para que las tropas con la caballería y la artillería pudieran pasar. Al cabo de dos dias hicieron el primer camino en el Nuevo Mundo, y desde entónces se llama Puerto de los Hidalgos, como un tributo pagado á la memoria de aquellos bizarros donceles que le habian trazado.

No por eso dejó de ser un desfiladero rápido y peligroso; pero por él llegaron hasta una garganta que ofrecia un golpe de vista deslumbrador, un paraíso, un eden.

La emocion que habia experimentado Ojeda y sus compañeros, se trasmitió al mismo Colon y á todos los que le acompañaban.

Nada más hermoso, nada más bello, nada más seductor que aquella vasta y fértil llanura, cuya espléndida vegetacion ofrecia á la admiracion de los extranjeros todos los colores, todos los matices, todas las aguas de las piedras preciosas, todos los frutos de la naturaleza, todos sus encantos, todas sus bellezas.

Magníficas florestas, palmeras de prodigiosa altura, filas de caobales dominaban los bosques con sus enhiestas copas.

Al mismo tiempo los arroyuelos que serpenteaban por toda la vega aumentaban su hermosura, y las infinitas aldeas que á través de los árboles se descubrian, el humo que de trecho en trecho iba á perderse en el espacio, indicaba que aquel

territorio estaba acaso habitado por los seres más felices de la tierra.

—Esta es la rica vega, dijo Ojeda á Colon, de que os he hablado; no es posible encontrar nada más pintoresco ni aun para los que hemos hollado con nuestra planta los jardines de los árabes, las calles formadas por arrayanes y jazmines, las ricas fuentes; en una palabra, todos los prodigios de la jardinería y del arte musulman.

—Esto nos sorprende más, nos encanta más, respondió Colon, porque aquí vemos la mano del Altísimo, mientras que allí se ve la mano humilde del operario inteligente.

Aquí todo es natural, no hay más que la voluntad de Dios, y por ser el paraje más vasto, más hermoso de la tierra, quiero darle el nombre de Vega Real, y pidamos á Dios que en él encontremos amigos, porque seria horrible tener que conquistar estas llanuras combatiendo con los naturales, regándolas con sangre.

Al frente de su pequeño ejército, y por un desfiladero, entró en un llano, y para llamar la atención de los indios dispuso que tocaran marchas guerreras y que se presentase el ejército á la vista de aquellas gentes con todo el aspecto marcial, con toda la pompa necesaria para imponerles y admirarles.

En briosos corceles, con banderolas que ondeaban reflejando los rayos del sol, iban delante hasta cuarenta hombres. Detrás Colon con su estado mayor, también en caballos ricamente enjaezados, y después los soldados con los yelmos y cotas relucientes.

Cuando por vez primera oyeron el sonido de los clarines y los tambores, los indios acudieron á las alturas para ver qué era lo que producía aquella música, y su asombro no tuvo límites al ver aquella cabalgata, aquel ejército que se pre-

sentaba á su vista como una columna de oro, fuego y piedras preciosas, no sabiendo qué hacer, si huir amedrentados ó si detenerse á admirar aquel prodigio.

La caballería, que iba adelante, inspiraba á los indios tanto terror como asombro.

En el primer momento creyeron que jinete y caballo era una sola cosa, un solo objeto.

Así es que al ver más tarde á los jinetes apearse de los caballos, y volver á montarse, se quedaban pasmados y su admiración crecía de punto.

En la duda, respecto á las intenciones de los extranjeros, huían los indios á toda prisa; con especies de cañizos, tapaban las puertas, creyéndose con esto libres del peligro que suponían.

Algunos soldados quisieron penetrar en las chozas, y como era muy fácil derribar aquellas puertas, iban á hacerlo.

—Deteneos, dijo Colon, respetad las intenciones de los indios. Quieren defender su propiedad; que vean que la respetamos.

Diego, el intérprete, llamó á algunas de las puertas y por orden de su amo dijo á los moradores de las chozas que no tuvieran miedo, que los españoles iban con los mejores deseos de paz y animados de los sentimientos más afectuosos.

—En prueba de ello, añadió, tomad los regalos que os ofrecen.

Los más atrevidos de ellos se asomaron á sus puertas al oír su voz, les dió en nombre de Colon cuentas de vidrio y de abalorio, y otra porción de dijes de los que llevaban para catequizar á los indios.

Esto les tranquilizó, y poco á poco fueron saliendo de sus guaridas, manifestando vivos deseos de pagar aquellos agasajos con los manjares que poseían.

No quiso detenerse Colon, y atravesó la comitiva por varios pueblos.

Al pasar por los grupos de chozas, los indios que formaban parte de la comitiva de Colon entraban en ellas, tomaban los manjares y los objetos que querian, y esto como si ejecutasen la cosa más natural del mundo.

Era costumbre entre ellos tomar unos de otros lo que necesitaban, y al querer los moradores de las chozas practicar su costumbre con los europeos, acercándose á ellos con curiosidad para ver sus armas, los caballos, y para apoderarse de los objetos que llevaban, no podian ménos de extrañarse de que les estorbaran realizar su propósito.

De cualquier modo, la verdad era que los manjares no eran objeto de comercio entre los indios.

Cada cual tenia derecho á tomar de su vecino lo que necesitaba.

La venta de los objetos de la alimentacion no existió en la isla hasta poco despues de la llegada de los europeos, que fueron los que les iniciaron en esta clase de tráficos.

Colon y su comitiva, despues de haber andado cinco ó seis leguas por aquella inmensa y pintoresca llanura, llegaron al magnífico rio Yaqui, al que dió el almirante el nombre de Rio de las Cañas.

En su primer viaje le habia llamado Rio de Oro, porque era el mismo que despues de surcar la hermosa vega, desembocaba en el mar cerca de Monte Christi.

Acampado en sus frescas orillas pasó la noche aquel ejército, y no habia uno solo de los que lo formaban que no estuviese animado, contento.

El espectáculo que durante el dia habian tenido delante de sus ojos; las esperanzas de encontrar el oro que encerraban en sus entrañas los montes del Cibao; la deferencia, el apre-

cio con que durante todo el dia les habian tratado los indios moradores de aquel Paraíso, les hacia confiar en el porvenir y olvidar las penas que hasta poco ántes habian llenado de desaliento su corazon.

En la madrugada del dia siguiente atravesaron el rio en ligeras canoas que les ofrecieron los indios.

Dos dias prosiguieron su marcha sin dejar la vega, hallando al paso espesas selvas y cristalinos manantiales, que bajaban desde las cumbres del Cibao y llevaban en su arena polvo de oro.

Uno de los manantiales mereció á Colon el nombre de Rio Verde por la belleza del paisaje sobre que se destacaba.

En todas las poblaciones fueron recibidos con muestras de amistad, porque aunque huian al pronto los naturales, apénas les hablaban los indios que acompañaban á Colon se mostraban tranquilos y confiados, salian á las puertas de las chozas, ofrecian á los extranjeros los frutos y los manjares que poseian y hasta muchos de los grupos les festejaban con músicas y canciones del país.

El segundo dia por la noche llegaron á una sierra que parecia más elevada cerca de la vega.

Diego, que habia hablado con los indios:

—Hé aquí donde empiezan las montañas del Cibao, dijo.

—Mentira parece, exclamó Ojeda, que tierras tan escarpadas y de aspecto tan triste encierren en sus entrañas el oro que, segun fama, producen estas.

—¿Y eso os parece extraño? dijo Colon; lo que mucho vale mucho cuesta, y justo es que para llegar hasta donde está el oro haya necesidad de verter copiosísimos sudores.

La aspereza de la sierra y el cansancio de los soldados inclinó á Colon á acampar al pié de un desfiladero, y allí permaneció algun tiempo mandando á algunos de los suyos que

fuesen á buscar á la colonia provisiones que empezaban á escasear, y á los zapadores ó ingenieros que formaban su vanguardia les envió tambien para que abriesen camino.

Dos dias despues prosiguieron el viaje por una estrecha y difícil senda, en la que los jinetes tenian que llevar á los caballos de la brida.

Al llegar á la cumbre no pudieron ménos de dirigir los ojos en torno suyo, admirando el espectáculo encantador que se ofrecia á su vista.

Aquella llanura cubierta de selvas y de grupos de chozas, surcada por cristalinos arroyos y por anchos y caudalosos rios, media nada ménos que ochenta leguas de longitud y treinta de latitud.

Colon y los suyos penetraron por fin en el Cibao, en la region del oro, en el departamento en que dominaba el terrible Caonabo.

CAPITULO LX.

Donde aparece un indio que no lo es.



Todo cambi6 de aspecto.

Grupos de rocas escarpadas, picos pelados, estériles montañas, árboles pequeños, raquíuticos y sin vegetacion.

Cibao quiere decir en la lengua del país *pedra*; así es que el nombre cumplia lo que ofrecia.

Pero si nó se presentaban á la vista de los españoles aquellos árboles verdes, frondosos, aquellas flores de matices tan brillantes, aquellos pájaros cuyo plumaje á los rayos del sol parecian piedras finas, tenian para recrear su vista partículas de oro que relucian entre las arenas de los arroyos que bajaban por la sierra.

Ojeda, que conocia el país por haber estado en él, se adelantó con unos cuantos soldados de la vanguardia; los indios le reconocieron y sobre todo el que le habia contado sus cuitas, el que tanto habia sufrido por causa de Alonso Velez, y todos á porfia se esmeraban en festejar á los soldados llevándoles manjares y pedazos de oro, que con la esperanza de que volvieran, habían recogido en los arroyos, deseando complacer á los españoles, porque hasta ent6nces los indios no sabian que hubiera otra cosa que les agradara más de cuanto habia en su país que el oro.

No fué solo este rico metal lo que encontró Colon en aquella expedicion.